

PALABRAS DEL PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD DE CIRUGIA (*)

Dr. Héctor Ardao

La Sociedad de Cirugía del Uruguay hoy honra la memoria del Profesor Pedro Larghero Ibarz con este acto científico organizado conjuntamente con la Sociedad de Anatomía Patológica. El nombre de Larghero está unido a ambas instituciones, por más de 30 años de colaboración y trabajo en una actividad militante sobresaliente, que se prolongó hasta su muerte. Y en la sesión científica de hoy, en su homenaje, se presenta algo inédito y póstumo de él sobre los Tumores Desmoides.

Es justo pues que ambas instituciones rindan homenaje a quien habiendo realizado la carrera del anatomo-patólogo de escuela hasta llegar al profesorado, la ejerció, en el plano de la docencia, con brillo, al mismo tiempo que en el laboratorio clínico, buscaba la verdad histológica con el microscopio estudiando patología como complemento al trabajo diario de su labor de cirujano.

Dentro del marco de la Sociedad de Cirugía, el aporte de su espíritu dinámico es muy grande pero todavía está muy cerca su muerte para que podamos despojarnos del pesar que nos afecta y tentar siquiera un juicio valorativo de su obra por la cirugía del país.

Decenas de aportes científicos a la Sociedad de Cirugía y a los Congresos Uruguayos de Cirugía, Director de Boletines, Secretario, Presidente de la Sociedad de Cirugía en 1939, Presidente del VI Congreso Uruguayo de Cirugía en 1955.

Siempre el mismo, antes y después de conocer su destino. Indclinable, firme en la misma línea, generoso en el esfuerzo, incansable, dinámico y eficaz, con una inmensa salud mental y una incomparable capacidad de hacer.

En los últimos años sus aportes perdieron el carácter personal pero fueron permanentes en la colaboración de su clínica.

Larghero se transfiguró en sus discípulos a los que enseñó, impulsó a trabajar y a presentar trabajos.

Aún después que se ha ido hemos recibido aportes de su clínica

(*) Sesión en homenaje al Dr. Larghero, el día 14 de agosto de 1963.

en los que se percibe sin esfuerzo, brillante como en el mito helénico, la luz no extinguida del espíritu del maestro.

No trabajó para la gloria ni para el provecho o el lucimiento personal. Trabajó porque estaba en su raíz ese impulso formidable del hacer persiguiendo el perfeccionamiento quirúrgico. No gozó de la comodidad de vivir, ni gozó de las consagraciones definitivas, pero iba en el camino de alcanzarlas, y en el próximo Congreso Internacional de Roma debía ser uno de los Vicepresidentes.

De Larghero hombre, científico, cirujano, maestro, filántropo, mucho se ha dicho y se habrá de decir enriqueciéndose así la biografía aún no escrita que hoy está en el corazón de los contemporáneos de este cirujano excepcional. Se señalarán un día muchas virtudes de Larghero: el hombre probo, el ciudadano ejemplar, el cirujano esforzado y hábil, el maestro que enseñó cirugía con el ejemplo, enseñando a trabajar. Pero los que le conocieron bien, conviviendo con él años de trabajo, camaradería y amistad, recordarán siempre, por sobre todo, al hombre de coraje y de decisión para enfrentar la emergencia quirúrgica con aquella valentía que era su moral de lucha en una entrega sin par. La entrega que deteriora, el latir que gasta y estremece y así todos los días en jornadas interminables.

Fue el suyo un valor sereno, incontrastable, del hombre que lucha, que triunfa, que fracasa y vuelve a comenzar al otro día como si fuera el primero.

Eso fue Larghero. El coraje del hacer, la moral en la lucha, la exigencia en la perfección, trabajando como si lo hiciera para la eternidad sin pausa y sin tregua hasta el final.